

## CARIDAD Y SOLIDARIDAD

(Febrero 1993)

En una entrevista al miembro del Comité Central y Presidente del ICAP, Sergio Corrieri, publicada en la edición de «Granma» del 2 de enero de 1993, responde el entrevistado a una pregunta del periodista diciendo: «*La Caridad no tiene nombre, no tiene cara, no implica un compromiso, pero en esta solidaridad que recibimos se sabe lo que está defendiéndose...*», etc.

Resulta sorprendente en el párrafo la triple afirmación sobre la caridad: «*sin nombre..., sin cara..., sin compromiso*». No he conocido jamás otra apreciación tan negativa y rotunda sobre la virtud que debe caracterizar al cristiano en su ser y en su obrar.

Me parece, sin embargo, que este juicio está basado en dos presupuestos inexactos: primero, con respecto a la índole misma de la caridad y, después, en la consideración de la caridad como actitud opuesta a la solidaridad. Primeramente, la palabra caridad significa amor. El uso de este término de origen griego se difunde con el cristianismo y aparece en la Biblia, por primera vez, en el Nuevo Testamento. Es un vocablo al cual se le dio un uso religioso nuevo porque el amor que había predicado y testimoniado Jesucristo era de una novedad y radicalidad tales, que se necesitaba una palabra nueva para expresarlo, y esta fue «caridad», que quiere decir amor gratuito, desinteresado, que lleva al don de sí mismo.

El amor de caridad se va perfilando en las palabras y en los gestos de Jesús: «Han oído que se dijo a lo antiguos: ama a tu amigo y odia a tu enemigo, pero Yo les digo más: amen a sus enemigos y recen por los que los persiguen» porque «Si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen?».

A alguien que preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más importante de la Ley de Dios, el Maestro respondió: «El primero es amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser, y el segundo es igual al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo». Jesús lleva así el amor al hombre hasta la cumbre del amor a Dios. Después, San Juan en su Primera Carta insistirá de modo concluyente sobre esta primacía de la caridad: «... quien dice que ama a Dios y no ama a su prójimo es un mentiroso».

Jesucristo enseñó que el amor se muestra en la entrega y el sacrificio: «Nadie tiene amor mayor que aquel que da la vida por quienes ama» y probó, al morir en la Cruz, que Él había amado hasta el extremo.

La caridad es, pues, un amor sin fronteras, que no distingue entre amigos y enemigos, es un amor sacrificial, con olvido de sí para servir al otro, es amor imprescindible para el seguidor de Jesús: «en esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros». La caridad tiene, pues, un nombre: amor, pero tiene además muchos nombres: los de los hombres y mujeres que, sin diferencia de raza, credo o pertenencia política, son alcanzados por la acción liberadora y bienhechora del amor.

La caridad tiene cara, tiene rostro: son los rostros demacrados de quienes tienen hambre, o los rostros olvidados de los pacientes del leproso, o de los niños o adultos con avitaminosis; pero también tiene la cara del prisionero, del anciano

abandonado por su familia, del enfermo del SIDA rechazado por la sociedad, del adolescente o del joven incomprendido por sus padres.

Con todos estos es el compromiso, más que económico, moral y espiritual, que nos obliga a dar algo de lo que tenemos derecho a poseer: nuestros bienes materiales, nuestro tiempo, nuestro descanso, nuestra vida. Aquí podría dejar la palabra a una Hija de la Caridad o a una Hermanita de los Ancianos Desamparados o a un Hermano de San Juan de Dios. ¡Vaya si la caridad lleva un compromiso!

La Iglesia sabe lo que es este compromiso y, para tratar de cumplirlo a nivel universal, ha creado una organización internacional de ayuda y solidaridad que ha llamado precisamente CARITAS, que en latín significa «caridad».

Quizá se confunda la caridad con la frase dicha a un transeúnte por un pobre anciano sentado en los escalones de una iglesia: «*haga usted la caridad*»; pero la reducción de la caridad a esa situación entrañaría un desconocimiento de lo que ha sido históricamente la obra caritativa de la Iglesia.

La caridad y la solidaridad están en una relación muy estrecha. No se distinguen oponiéndose, sino más bien, como se diría en la filosofía tomista, como el género y la especie. La solidaridad específica a la caridad. Cuando hablamos de solidaridad nos referimos a las acciones que, como muestra de caridad, emprendemos con una persona o con un grupo humano para apoyarlos en sus propios esfuerzos.

Pero tanto la caridad cristiana como su expresión privilegiada, la solidaridad, se refieren a relaciones entre personas, grupos o conglomerados mayores, por motivaciones humanas y cristianas.

Es válida en los movimientos políticos, sindicales, ideológicos, etc., la solidaridad entre los que integran movimientos afines. Pero la caridad, que es amor y servicio desinteresado al ser humano sin distinción alguna, no puede subordinarse a una solidaridad política, ideológica o religiosa, porque la misma caridad exige que el hombre sea lo más importante, que el ser humano esté en primer lugar. Por esto puede afirmarse que la caridad sí tiene nombre, no tiene etiquetas; sí tiene cara, no tiene fachada; sí implica un compromiso, no con una ideología, ni con un sistema, ni con un gobierno, ni con una confesión religiosa, sino con cada hombre y con todos los hombres.

Con mi afecto y bendición.